

— ¿Comoque decididamente, murió el tío Mestienne?  
El hombre respondió :

— De una vez y para siempre. Dios consultó su cuaderno de plazos y vencimientos, halló que tocaba el turno al tío Mestienne, y el tío Mestienne dejó esta vida caduca por la eterna.

Fauchelevant repitió maquinalmente :

— Dios consultó...

— Dios, repuso el hombre con cierto aire de autoridad. Para los filósofos, el Padre Eterno; para los jacobinos, el Ser Supremo.

— ¿Es que no haremos nosotros conocimiento? dijo entre dientes Fauchelevant.

— Ya le tenemos hecho. Usted es labriego, y yo soy parisiense.

— Las gentes no se conocen hasta que no han bebido juntas. Vaciar el vaso, es vaciar el corazón. Usted va á venir á beber conmigo. Eso no se rehusa nunca.

— Ante todo el trabajo.

Fauchelevant dijo para sí : Estoy perdido.

Ya sólo faltaban algunos pasos para llegar á la pequeña avenida que conducía al rincón de las religiosas.

El sepulturero continuó diciendo :

— Buen labrador, yo tengo siete criaturitas que mantener ; y como es preciso que ellas coman, preciso es también que yo no beba.

Y añadió, con la satisfacción de un hombre de pro que redondea un período, ó una frase :

— Su hambre es enemiga de mi sed.

El carro fúnebre dió vuelta á una espesura de cipreses, salió de la gran calle, giró por otra pequeña, entró en las tierras y se engolfó en un herbazal. Esto indicaba ya la proximidad de la sepultura. Fauchelevant retardaba sus pasos, pero no podía retardar los del carro mortuario.

Afortunadamente la tierra movediza y mojada por las lluvias de invierno atascaba las ruedas y hacía pesada y lenta la marcha.

Fauchelevant se acercó al sepulturero y le dijo en voz baja :

— ¡ Hay allí un vinito de Argenteuil tan bueno !

— Además, repuso el hombre, yo no estaba destinado á ser lo que usted ve, un sepulturero. Mi padre era portero en el Prytáneo, y me dedicó á la literatura. Pero ha tenido muchas desgracias. Hizo pérdidas en la Bolsa, que le arruinaron, y yo tuve que renunciar al estado de autor. Sin embargo, todavía soy escritor público, puesto que redacto memoriales y cartas para soldados y para enamorados.

— ¿ Pues entonces no es usted sepulturero ? replicó Fauchelevant, asiéndose á esta rama, bien débil por cierto.

— Lo uno no quita lo otro. Acumulo.

Fauchelevant no comprendió esta última palabra.

— Vamos á beber, dijo.

Aquí se hace indispensable una observacion. Fauchelevant, por más angustiado que estuviese, ofrecía siempre de beber, pero no se explicaba sobre un punto esencial : ¿ quién pagaría ? Ordinariamente, Fauchelevant ofrecía, y el tío Mestienne era quien pagaba. Una invitación á beber resultaba evidentemente de la nueva situación creada por el nuevo sepulturero, y esta invitación, era menester hacerla, pero el viejo jardinero dejaba siempre, no sin intención, el proverbial cuarto de hora de Rabelais en la sombra. En cuanto á él, Fauchelevant, por más conmovido y apurado que estuviese, no se cuidaba del pago.

El sepulturero prosiguió, con una sonrisa que indicaba superioridad :

— Es preciso comer. Yo he aceptado la sucesión del tío Mestienne. Cuando uno ha hecho casi enteramente sus estudios, ya es filósofo. Al trabajo de la mano, he añadido yo

el trabajo del brazo. Tengo mi puestecito de memorialista en el mercado de la calle de Sèvres. ¿Usted debe conocerle? es el mercado de los Paraguas. Todas las cocineras de la Croix-Rouge se dirigen á mi. Yo las zurzo sus declaraciones á los cocheros y galopines. Por la mañana escribo billetitos amorosos, y por la noche abro sepulturas. Tal es la vida, mi buen campesino.

El carro avanzaba. Fauchelevent, en el colmo de la inquietud, dirigia sus miradas á todas partes en torno suyo. Gruesas gotas de sudor se desprendian de su frente.

— No obstante, prosiguió el sepulturero, es imposible servir á dos amos á la vez. Es menester que yo escoja entre la pluma ó la azada. La azada me echa á perder las manos.

El carro fúnebre se detuvo.

El monaguillo descendió del coche enlutado, y despues de él el sacerdote.

Una de las pequeñas ruedas delanteras del carro subia un poco sobre un monton de tierra, más allá del cual se veia una fosa abierta.

— ¡Vaya una farsa! repitió Fauchelevent consternado.

## VI

## ENTRE CUATRO TABLAS

¿Quién iba dentro de la caja? Ya se sabe. Juan Valjean.

Juan Valjean se habia arreglado en término de poder vivir allí dentro, en aquella mansion de la muerte; y casi respiraba.

Es ciertamente una cosa singular y extraña, el ver hasta qué punto la seguridad de la propia conciencia infunde al hombre todas las demas seguridades. La combinacion premeditada por Juan Valjean marchaba adelante perfectamente, desde la vispera. Como Fauchelevent, tambien él contaba con el tío Mestienne, y no dudaba del desenlace final de aquel proyecto. Nunca se vió, en tan crítica situacion, una calma y una serenidad más completas.

Las cuatro tablas del féretro comunicaban cierta especie de paz horrible. Diríase que algo de este reposo de los muertos entraba en la tranquilidad de Juan Valjean.

Desde el fondo de aquel féretro, había él podido seguir y seguía paso á paso todas las fases del drama formidable que estaba representando con la muerte.

Poco despues que Fauchelevent hubo concluido de clavar la tabla de encima, Juan Valjean había notado que le conducian al carro fúnebre, y en seguida, observó que iba este rodando hácia el cementerio. Por los menores sacudimientos que le hacian sufrir, conocia él que pasaban desde el empedrado á la tierra trillada, es decir, que se salia de las calles y se entraba en los boulevards. Por un ruido sordo, había adivinado cuándo atravesaban el puente de Austerlitz. Á la primera parada, había comprendido que entraban en el cementerio; á la segunda, habíase dicho: Ya estamos junto á la fosa.

Sintió que unas manos se apoderaron bruscamente de la caja, y en seguida, notó un frotamiento áspero sobre las tablas, dióse cuenta de que aquello era la cuerda con la cual ceñian el féretro para descenderle á la excavacion.

Despues de esto sufrió una especie de vértigo.

Probablemente fué que los enterradores habian dejado balancear la caja con irregularidad, y hecho bajar la cabeza ántes que los piés. Á los pocos instantes volvió plenamente en sí, sintiéndose ya horizontal é inmóvil. Acababa de tocar el fondo de la fosa.

Entónces sintió cierto frio.

Por encima de él se elevó una voz, glacial y solemne; y oyó pasar, tan despacio que podia recogerlas, una á una, ciertas palabras y frases latinas que él no comprendia:

— *Qui dormiunt in terra pulvere, evigilabunt, alii in vitam æternam, et alii in opprobrium, ut videant semper.*

Una voz de niño dijo:

— *De profundis.*

La voz grave recomenzó:

— *Requiem æternam dona ei, Domine.*

La voz de niño respondió:

— *Et lux perpetua luceat ei.*

Oyó sobre la tabla que le recubria una cõsa que le pareció ser como el suave golpeo de algunas gotas de lluvia, y que probablemente era el agua bendita del hisopo.

Entónces dijo para sí: Esto va á concluir ya. Tengamos un poco de paciencia. El cura va á marcharse. Fauchelevent se llevará á Mestienne á la taberna, y me dejarán aquí. Despues volverá Fauchelevent solo, y yo saldré. Todo será ya cuestion de una hora larga.

La voz grave volvió á oirse diciendo:

— *Requiescat in pace.*

Y la voz de niño respondió:

— *Amen.*

Aplicando bien el oido, observó Juan Valjean el movimiento como de unos pasos que se alejaban de la sepultura.

— Hé ahí que ya se marchan, dijo para sí, y quedaré solo.

De improviso oyó sobre su cabeza un ruido que le pareció la caída del rayo.

Era una palada de tierra que caia sobre el féretro.

Una segunda palada cayó en seguida.

Entónces notó con espanto que uno de los agujeros que le permitian respirar allí dentro acababa de quedar tapado.

Cayó despues sobre él una tercera palada de tierra.

É inmediatamente una cuarta.

Hay cosas más terribles que el hombre más fuerte. Juan Valjean perdió el conocimiento.

## VII

DONDE SE HALLARÁ EL ORIGEN DE LA FRASE NO PERDER LA CARTA \*

Hé aquí lo que pasaba más arriba de donde yacia ya la caja que encerraba á Juan Valjean.

Una vez que el carro fúnebre se alejó de aquel sitio, y que el sacerdote y su monaguillo volvieron á subir al coche dirigiéndose este hácia fuera del cementerio, Fauchelevent, que no apartaba los ojos del sepulturero, le vió inclinarse y empuñar la pala, que estaba clavada perpendicularmente sobre el monton de tierra.

Entonces Fauchelevent tomó una resolución suprema.

Instalóse entre la fosa y el sepulturero, se cruzó de brazos, y dijo :

— ¡Yo seré quien pague!

El sepulturero le miró como asombrado, y le replicó :

\* *Perdre la carte* es « perder la chabeta. »

— ¿ Qué es lo que está usted diciendo, camarada ?

— ¡ Que yo seré quien pague !

— ¿ Lo qué ?

— El vino.

— ¿ Qué vino ?

— El Argenteuil.

— ¿ Dónde está ese Argenteuil ?

— Allí, en el *Bon Coing*.

— ¡ Anda vete con mil diablos ! le dijo el sepulturero. Y arrojó una palada de tierra sobre el féretro.

Al ruido sordo y profundo que hizo la tierra cayendo sobre la caja, Fauchelevent se sintió vacilar sobre sus talones y á punto de caer él mismo dentro de la fosa. Entonces principió á gritar, con una voz en la cual comenzaba á mezclarse ya el ahogamiento del estertor :

— ¡ Camarada, ántes que cierren el *Bon Coing* !

El sepulturero volvió á tomar tierra con su pala.

Fauchelevent continuó :

— Yo pago.

Y cogió por el brazo al sepulturero.

— Óigame usted, camarada. Yo soy el sepulturero del convento y vengo para ayudarle á usted. Esta es una tarea que puede muy bien hacerse por la noche. Empechemos, pues, por ir á beber un trago.

Y al mismo tiempo que decia todo esto, y que porfiaba y se obstinaba en sus desesperadas instancias, no podia ménos de hacerse esta lúgubre reflexion : — Y á un cuando yo logre hacerle beber, ¿ es que se emborrachará

— Buen labriego, dijo al fin el sepulturero, puesto que usted se empeña absolutamente, consiento en ello. Beberemos ; pero será despues de concluida mi tarea ; ántes, de ninguna manera.

Y se puso á blandir su pala.

Fauchelevent le retuvo.

— ¡ Es Argenteuil á seis !

— ¡ Ah ! pero, dijo el sepulturero, usted es una especie de campanero, con sus repeticiones. Din don, din don, no sabe usted decir más que eso. Vaya usted á tirar de la cuerda á las campanas.

Y lanzó la segunda palada.

Fauchelevant llegaba á ese momento crítico en que uno no sabe lo que dice.

— Pero venga usted á beber, exclamó, ¡ pueste que yo soy quien he de pagar !

— Cuando hayamos acostado al niño, dijo el sepulturero.

Y arrojó la tercera palada.

En seguida, clavó la pala en la tierra y añadió :

— Vea usted, esta noche va á hacer frío, y la muerta gritaría tras de nosotros si la dejáramos ahí plantada, sin arroparla.

En este momento, mientras que cargaba su pala, el sepulturero se inclinó, dejando abierto, al ejecutar aquel movimiento, el ancho bolsillo de su chaqueton.

La vista extraviada de Fauchelevant cayó maquinalmente en aquel bolsillo, y se fijó en él.

Todavía el sol no se había ocultado del todo bajo el horizonte ; habiendo aún bastante luz para que se pudiera distinguir cierta cosa blanca, un objeto que brillaba en el fondo de aquel bolsillo abierto.

Toda la suma de claridad que puede reunir la vista de un labriego picardo atravesó entónces por la pupila de Fauchelevant. Acababa de ocurrírsele una idea adecuada á tan críticas circunstancias.

Sin que se apercibiera de ello el sepulturero, entretenido como estaba y entregado todo él á sus paladas de tierra, metió por detras la mano en el bolsillo, y sacó de él la cosa blanca que brillaba en el fondo.

El sepulturero envió á la fosa la cuarta palada de tierra.

En el momento en que se volvía para tomar la quinta, Fauchelevant le miró con la mayor serenidad y le dijo :

— ¿ Á propósito, novato, es que está usted provisto de su tarja ?

El sepulturero interrumpió la operacion.

— ¿ Qué tarja ?

— El sol va á ponerse, es decir, que va á acostarse ya.

— Bueno, pues que se ponga su gorro de dormir.

— Van á cerrar pronto la verja del cementerio.

— ¿ Está bien, y qué más ?

— ¿ Tiene usted su tarja ?

— ¡ Ah, mi tarja ! es verdad, dijo el sepulturero

Y diciendo y haciendo, se llevó la mano á los bolsillos.

Registró bien uno de ellos, y despues el otro. Pasó en seguida y con presteza á las faltriqueras del pantalon, explorando una en pos de otra, de allí al chaleco, sacando afuera los forros para cerciorarse mejor de que nada habia en ellos.

— Nada, dijo, está visto, no tengo aquí mi tarja. Sin duda la he olvidado.

— Quince francos de multa, dijo Fauchelevant.

El sepulturero se puso verde. El verde es la palidez de las gentes lívidas.

— ¡ Oh ! Dios mio de mi alma ! exclamó, ¡ voto al chá-piro verde ! Quince francos de multa !

— Tres monedas de á cien sueldos, dijo Fauchelevant.

El sepulturero dejó caer la pala sobre el monton de tierra. Había llegado á Fauchelevant su turno.

— Ea, vamos, pobre recluta, le dijo Fauchelevant, no hay que desesperar. No se trata de suicidarse ahora y aprovecharse de la fosa. Quince francos, son quince francos, y ademas, podrá ser que no tenga usted que pagarlos. Yo soy viejo, y usted es jóven. Yo conozco todas las arlimañas, trapisondas y tracamundanas, y voy á darle á usted un consejo

de amigo. Desde luego, hay aquí una cosa clara, y es que el sol se enturbia, y que va á oscurecer pronto, va á ponerse ya, puesto que está tocando á la cúpula de los Invalios; dentro de cinco minutos cerrarán el cementerio.

— Es verdad, respondió el sepulturero.

— Con cinco minutos, no tiene usted tiempo suficiente para llenar la fosa, que es honda como el diablo, y para llegar á la verja oportunamente, es decir, ántes que la hayan cerrado.

— Es justo.

— En este caso, quince francos de multa.

— ¡Quince francos!

— Pero tendrá usted tiempo... — ¿Dónde vive usted?

— Á dos pasos de la barrera. Á un cuarto de hora de aquí. En la calle de Vaugirard, n.º 87.

— Ahora tiene usted aún tiempo de salir en seguida á escape.

— Es exacto.

— Una vez que esté usted fuera de la verja, se marcha al galope hácia su casa, toma su tarja, se vuelve con ella al cementerio, y el portero le abre inmediatamente. Trayendo la tarja, nada tiene que pagar. Y entonces entienda usted su muerto. Yo, entre tanto, lo esperaré á usted aquí guardándole, para que no se escape.

— Le debo á usted la vida, camarada.

— Tome usted soleta, más que de prisa, le dijo Fauchelevent.

El sepulturero, desatinado de reconocimiento, le dió un apretón de manos, y echó á correr.

Desde el momento en que Gribier desapareció en la espesura, Fauchelevent se puso á escuchar hasta que distinguió claramente y se convenció de que los pasos del sepulturero se habían alejado y perdido en la distancia

que le separaba ya de aquel sitio. En seguida se inclinó hácia la fosa y dijo á média voz:

¡Tío Magdalena!

Pero no recibió respuesta alguna.

El viejo jardinero tuvo entonces un estremecimiento. Se dejó rodar más bien que bajar dentro de la fosa, y se precipitó sobre la cabecera del féretro, gritando:

— ¿Está usted ahí?

Silencio en la caja.

Sin respirar ya, á fuerza de temblor y sobresaltó, Fauchelevent echó mano á su escoplo y á su martillo, é hizo desmenuar en un instante la tabla de encima. La cara de Juan Valjean apareció entonces en el crepúsculo, pálida, y cerrados los ojos.

Con el pelo erizado de espanto, Fauchelevent se levantó, y despues volvió á caer de espaldas contra la pared de la sepultura, casi exánime y á punto de desplomarse abatido sobre la caja. En esta actitud se puso á mirar á Juan Valjean.

Juan Valjean yacia inmóvil y enteramente descolorido.

Fauchelevent murmuró en voz baja, tan baja como un soplo.

— Está muerto.

É incorporándose despues, cruzando los brazos con tanta violencia que sus dos puños cerrados vinieron á dar contra sus espaldas, exclamó:

— ¡Hé ahí de qué manera le salvo!

Entonces el pobre viejo se puso á sollozar, hablando consigo mismo, pues es un error el creer que el soliloquio ó monólogo no está en la naturaleza. Las fuertes agitaciones hablan con frecuencia en alta voz.

— El tío Mestienne es quien tiene la culpa. ¡Por qué se moriría aquel majadero! ¡qué necesidad tenía él, siendo enterrador, de que le enterraran cuando ménos lo espe-

raba uno ! ¡y se fué sin avisar, el tonto ! ¡él es quien ha hecho morir al señor Magdalena ! ¡Tio Magdalena ! está en la caja. Ya le han traído, como él mismo quiso que le trajeran ; ya está sepultado ; todo ha concluido. — Pero, Dios mio, también estas cosas... ¿es que acaso tiene nada de esto buen sentido ? ¡Ay Jesus de mi alma, está muerto ! ¿ Conque, y su chiquita, qué es lo que voy yo á hacer de ella ? qué va á decir ahora la frutera ? ¡ Que un hombre como este muera de este modo, Dios mio, me parece imposible ! ¡ Cuando pienso cómo se metió debajo de mi carreta ! Tio Magdalena ! tio Magdalena ! Pardiez, se ha ahogado, bien lo decia yo. No quiso creerme. ¡ Y bien, vaya una bonita bribonada que hemos hecho ! ¡ Ha muerto, este buen hombre, el mejor de cuantos habia entre todas las buenas gentes que Dios ha criado en el mundo ! ¡ Y su niña ! ¡ Ah ! lo que es yo, no vuelvo ya á entrar allí jamas. Aquí me quedaré. ¡ Haber jugado una mala partida como esta ! No valia la pena de juntarnos dos viejos para ser dos viejos locos. Pero, ante todo ¿ cómo se arregló el para entrar en el convento ? Aquello fué ya el principio. Nunca se deben hacer tales cosas. ¡ Tio Magdalena ! tio Magdalena ! tio Magdalena ! señor Magdalena ! señor alcalde ! No me oye. ¿ Cómo es posible salir ahora de este apuro ?...

Y se mesaba los cabellos en la mayor consternacion.

De pronto oyóse á lo lejos, entre los árboles, un rechinar agudo. Era que cerraban la verja del cementerio.

Fauchelevant volvió á inclinarse sobre Juan Valjean, y de improviso sufrió una especie de rebote, con toda la reculada que es posible hacer dentro de una fosa. Juan Valjean tenía los ojos abiertos, y le estaba mirando.

Ver una muerte es espantoso, ver una resurreccion lo es casi en el mismo grado. Fauchelevant quedó como petrificado, pálido, amedrentado y trastornado por todos esos excesos de emociones, no sabiendo si tenia que ha-

bérselas con un vivo ó con un muerto, y mirando de hito en hito á Juan Valjean que no cesaba de mirarle á él.

— Estaba durmiéndome, dijo Juan Valjean,  
Y se sentó.

Fauchelevant cayó de rodillas.

— ¡ Santos cielos ! ¡ qué miedo me ha hecho usted !

Y despues se levantó y gritó :

— ¡ Gracias, tio Magdalena !

Juan Valjean sólo estaba desmayado. El aire fresco le hizo despertar de su letargo.

La alegría es el reflujo del terror. Fauchelevant tenía casi tanto que hacer como Juan Valjean para volver en sí.

— ¡ Conque no estaba usted muerto ! ¡ Oh ! ¡ qué ingenioso es usted ! Tanto le he llamado que al fin ha venido. Cuando le vi con los ojos cerrados, dije : ¡ Bueno ! está ahogado. Me habria vuelto loco furioso, un verdadero loco de atar, á quien hubieran encerrado en Bicêtre. ¿ Qué quiere usted que hubiese yo hecho si usted hubiera muerto ? ¿ y su chicuela de usted ! es la frutera la que nada habria podido comprender de lo que pasaba. Se le encaja la niña sobre sus costillas, y luego salimos con que el abuelo ha muerto ! ¡ Qué historia ! ¡ Por todos los santos del paraíso vaya una historia ! Pero ¡ ah ! está usted vivo : esto es ya lo que corona bien la fiesta.

— Tengo frio, dijo Juan Valjean.

Esta palabra condujo completamente á Fauchelevant á la senda de las realidades, lo cual urgia ya bastante. Aún vueltos en sí, aquellos dos hombres tenían, sin darse cuenta de ello, el espíritu enteramente conturbado, notándose en ellos algo extraño que no era otra cosa que el siniestro delirio propio de aquel sitio y de aquella hora.

— ¡ Salgamos de aquí cuanto ántes ! exclamó Fauchelevant.

Echó mano al bolsillo y sacó de él una calabaza de que iba provisto.

— ¡Pero ante todo, un trago! dijo.

La calabaza acabó lo que el aire respirable y fresco había comenzado. Juan Valjean bebió un sorbo de aguardiente, con lo cual entró ya en plena posesión de sí mismo.

Salió de la caja, y ayudó á Fauchelevant á clavar de nuevo la tapa.

Tres minutos despues, se hallaban ya fuera de la sepultura.

Por lo demas, Fauchelevant estaba tranquilo. Sabía él que podía contar con el tiempo más que suficiente. El cementerio estaba cerrado. La vuelta del sepulturero Gribier no era de temer aún. Aquel « pobre recluta » estaba en su casa, muy ocupado en buscar la tarja, sin que hubiera peligro de que la hallara en su morada, puesto que estaba en el bolsillo de Fauchelevant. Sin tarja, no podía volver á entrar en el cementerio.

Fauchelevant tomó la pala y Juan Valjean la azada y entrambos hicieron el enterramiento de la caja vacía.

Luégo que la fosa quedó bien terraplenada, Fauchelevant dijo á Juan Valjean :

— Vámonos. Yo llevaré la pala; lleve usted la azada.

La noche iba oscureciéndose cada vez más.

Juan Valjean experimentó alguna dificultad para removerse y para andar. En el reducido espacio de aquella caja se había envarado y entumecido, adquiriendo algo de la rigidez del cadáver. La anquilosis de la muerte le había invadido entre aquellas cuatro tablas. Fué pues necesario en cierto modo que se deshela del sepulcro.

— Usted está entumido, dijo Fauchelevant. Es lástima que yo sea patizambo, porque picaríamos soleta de firme.

— ¡Qué! respondió Juan Valjean, en andando cuatro pasos, mis piernas entrarán ya en marcha enseguida.

Se dirigieron por las mismas calles de árboles por donde había pasado el carro mortuario. Llegados ante la verja cerrada y el pabellon del portero, Fauchelevant, que llevaba en la mano la tarja del sepulturero, la depositó en el buzón, el portero tiró del cordón, abrióse la puerta, y salieron.

— ¡Que bien va todo esto! dijo Fauchelevant, ¡qué buena idea ha tenido usted, tío Magdalena!

Pasaron por la barrera Vaugirard del modo más sencillo del mundo. En las cercanías de un cementerio, pala y azada son dos pasaportes.

La calle de Vaugirard estaba desierta.

— Tío Magdalena, dijo Fauchelevant sin dejar de andar y levantando los ojos hácia los portales de las casas, usted que tiene mejor vista que yo, indíqueme cuál es el número 87.

— Aquí está justamente, contestó Juan Valjean.

— No hay nadie en la calle, añadió Fauchelevant. Déme usted la azada, y espéreme aquí dos minutos.

Fauchelevant entró en la casa del número 87, subió á lo más alto de ella, guiado por el instinto que siempre conduce al pobre al granero, y llamó en la oscuridad á la puerta de una guardilla. Respondióle una voz :

— Adelante.

Era la voz de Gribier.

Fauchelevant empujó la puerta. La habitación del sepulturero era, como todas estas moradas de la desgracia, un miserable desvan desmueblado, y obstruido sin embargo, en el mayor desorden. Una caja de embalaje, — tal vez un féretro, — hacia allí las veces de cómoda, un tarro de manteca servía de tinaja, un jergon desempeñaba el papel de cama, y el duro suelo era á la vez la mesa y las sillas de aquel zaquizami habitado. En un rincón, y sobre un trapo que no era otra cosa que un viejo



arambel de alfombra, hallábanse amontonados una mujer y una multitud de niños. Todo este pobre interior mostraba á la sazón señales de un trastorno completo. Diríase que habia habido allí un temblor de tierra. Las tapaderas habian sido volcadas, los harapos esparcidos acá y allá, el cántaro estaba roto, la madre habia llorado, los chicos habian sufrido probablemente una zurra cada uno; trazas visibles de una pesquisa encarnizada y bien regañada. Era evidente que el sepulturero habia buscado desatinadamente su tarja, haciendo responsable de esta pérdida á todo el mundo en el desvan, desde el cántaro hasta á su mujer. Daba señales de la más violenta desesperacion.

Pero Fauchelevant tenía demasiada prisa por llegar al desenlace final de la aventura, para que él se detuviera á fijar su atencion en aquella triste fase de sus triunfos.

Entró precipitadamente y dijo:

— Aquí le traigo á usted su azada y su pala.

Gribier le miró estupefacto.

— ¿Es usted, buen labriego?

— Y mañana por la mañana, en casa del conserje del cementerio, encontrará usted su tarja.

Y colocó la pala y la azada en el suelo.

— ¿Qué quiere decir esto? preguntó Gribier.

— Esto quiere decir que habia usted dejado caer su tarja del bolsillo; que yo la encontré en el suelo cuando usted se habia ya venido; que enterré el muerto en seguida, terraplenando bien la sepultura, haciendo por consiguiente todo cuanto usted habria hecho; que el portero le devolverá á usted su carta, y que no tendrá que pagar los quince francos. Hé aquí lo que quiere decir esto, pobre recluta.

— ¡Gracias, buen aldeano! exclamó Gribier deslumbrado. La próxima vez, seré yo quien pagaré el vino.

## VIII

## INTERROGATORIO ATINADO

Una hora despues, sienda ya noche oscura, dos hombres y una niña se presentaban en la casa n.º 62 de la callecita de Picpus. El más anciano de es os hombres levautó la al-daba y llamó.

Eran Fauchelevant, Juan Valjean y Coseta.

Los dos ancianos habian ido á buscar á Coseta, á casa de la frutera de la calle del Chemin-Vert, donde Fauchelevant la habia depositado la vispera. Coseta habia pasado aquellas veinticuatro horas sin comprender nada de lo que veía, y temblando silenciosamente. Temblaba tanto más, cuanto que no habia llorado. Tampoco habia comido ni dormido. La buena de la verdulera la habia dirigido cien preguntas, sin que pudiera obtener de ella otra respuesta que una mirada triste y taciturna, siempre la misma. Nada habia dejado transpirar Coseta de todo cuanto habia visto y oido en

aquellos dos días. Bien se le alcanzaba á ella sin embargo que se estaba atravesando una crisis. Sentía profundamente que era preciso « tener juicio ». Quién no ha experimentado el soberano y mágico poder de estas tres palabras pronunciadas con cierto acento al oído de una criaturita desfavorida : *¡No digas nada!* El miedo es mudo. Y por otra parte, nadie guarda tan bien el secreto como un niño. Sólo que, cuando despues de aquellas veinticuatro horas, tan lúgubres para ella tambien, habia vuelto á ver á Juan Valjean, habia lanzado tan tremendo grito de gozo, que cualquiera persona pensativa que le hubiese oído habria adivinado en aquel grito la salida de un abismo.

Como Fauchelevant era del convento, conocia las consignas de entrada. Todas las puertas se abrieron sin la menor dificultad.

Así quedó por fin resuelto el doble y temeroso problema : Salir y entrar.

El portero, que tenía sus instrucciones, abrió la puertecita de servicio que comunicaba desde el patio al jardín y que, veinte años há, se veía aún desde la calle, en la pared del fondo del patio, dando frente á la puerta principal. El portero los introdujo á todos tres por aquella puerta, y desde allí, pasaron al locutorio interior reservado, donde Fauchelevant habia recibido, el día ántes, las órdenes de la priora.

La priora, con su rosario en la mano, los estaba ya esperando. Junto á ella se hallaba de pié una madre vocal con el velo caído. Una discreta bujía alumbraba, y aún casi pudiera decirse que hacía como que alumbraba el locutorio.

La priora pasó revista á Juan Valjean. Para mirar bien, nada hay como los ojos bajos.

En seguida empezó el interrogatorio.

— ¿Usted es el hermano?

— Sí, reverenda madre, contestó Fauchelevant.

— ¿Cuál es su nombre?

Fauchelevant respondió :

— Ultimio Fauchelevant

Habia tenido él en efecto un hermano, llamado Ultimio, que habia muerto.

— ¿De qué país es?

Fauchelevant contestó :

— De Picquigny, cerca de Amiens.

— ¿Qué edad tiene?

Fauchelevant respondió :

— Cincuenta años.

— ¿Su profesion?

Fauchelevant contestó :

— Jardinero.

— ¿Es usted buen cristiano?

Fauchelevant respondió :

— Todos lo somos en la familia.

— ¿Es de usted esa niña?

Fauchelevant contestó :

— Sí, reverenda madre.

— ¿Es usted su padre?

Fauchelevant respondió :

— Su abuelo.

La madre vocal dijo á la priora, á média voz :

— Responde muy bien.

Juan Valjean no habia pronunciado ni una sola palabra.

La priora miró á Coseta con atencion, y dijo en voz baja á la madre vocal :

— Será fea.

Las dos madres conferenciaron durante algunos minutos, en voz bastante baja, en un rincón del locutorio, despues de lo cual, volvióse la priora y dijo :

— Tío Fauvent, tendrá usted otra rodillera con cascabel. Se necesitan ahora dos.

En efecto, á la mañana siguiente, oíanse ya dos cascabeles en el jardín. y las religiosas no podían resistir á la tentación de curiosidad que las obligaba á levantar una punta de su velo. Allá en el fondo bajo los árboles, veíanse dos hombres escardando, uno al lado del otro; Fauvent y un compañero. Acontecimiento enorme. Llegó á infringirse la ley del silencio hasta el extremo de decirse unas á otras: Es un asistente del jardinero.

Las madres vocales añadían: Es un hermano del tío Fauvent.

Juan Valjean, en efecto, se hallaba ya regularmente instalado, con su rodillera de cuero y su esquila, siendo ya todo un personaje oficial en la casa. Llamábase Último Fauchelevant.

La más fuerte causa determinante de la admisión había sido esta observación de la priora con respecto á Coseta: *Será fea.*

Una vez pronunciado este pronóstico, la priora tomó inmediatamente bajo su amistosa protección á Coseta, concediéndola entrada en el colegio, como alumna de caridad.

Nada hay en esto que no sea muy lógico.

Por más que el espejo esté desterrado del convento, las mujeres tienen siempre una conciencia para su cara; ahora bien, las muchachas que se encuentran bonitas se dejan muy difícilmente hacer religiosas; hallándose por lo tanto, y muy generalmente, la vocación en razón inversa de la belleza, se espera más de las feas que de las bonitas. De aquí una viva afición á las fealdades.

Toda esta aventura engrandeció al buen viejo Fauchelevant, proporcionándole un triple triunfo; para con Juan Valjean, á quien salvó y dió asilo; para con el sepulturero Gribier, quien decía entre sí: Me ha librado de la multa; y

para con el convento, el cual, gracias á él, guardando bajo el altar el féretro de la madre Crucifixion, eludió al César y satisfizo á Dios. Hubo una caja con cadáver en el Petit-Picpus y otra caja sin cadáver en el cementerio de Vaugirard; sin duda que el orden público fué profundamente perturbado, pero sin que él se apercibiera de ello. Por lo que hace al convento, quedó altamente reconocido al tío Fauvent, quien desde aquel día era ya, en el concepto de todas las religiosas, el mejor sirviente del mundo y el más hábil y estimable de todos los jardineros. En la primera visita del señor arzobispo, la priora refirió el caso á Su Eminencia, en parte acusándose, y en parte también vanagloriándose de ello. El arzobispo, al salir del convento, habló de esto con grandes elogios, y en voz baja, al señor de Latil, confesor del Príncipe (Monsieur), que después fué arzobispo de Reims y cardenal. La admiración por Fauchelevant se extendió mucho llegando hasta á Roma. Á la vista hemos tenido una carta dirigida por el papa reinante á la sazón, Leon XII, á un pariente suyo, monsignor en la nunciatura de París, y á quien llamaban, como á él, Della Genga, en la cual se leen estas líneas: « Parece que hay » en un convento de París un excelente jardinero, que es » un santo varón, llamado Fauvan. » De todos estos triunfos, nada llegó á oídos de Fauchelevant en su barraca; y él continuó escardando, inertando y cubriendo sus melones, sin venir al cabo nunca de su excelencia ni de su santidad. No tenía él más conciencia de su gloria que la que tiene un buey de Durham ó de Surrey cuyo retrato aparece al público en los grabados de *Illustrated London News*, con esta inscripción: *Buey que ha ganado el premio en el concurso del ganado vacuno.*